
Trazos de la serpiente

Mario del Valle

XX

Secretamente vemos nuestros rostros en los museos.
¿Qué vemos en realidad?
¿Sombras de los que fuimos?
Pero, ¿quiénes fuimos estos que estamos aquí?

En nuestras largas ausencias de nosotros mismos
recordamos o creemos recordar a otros que fuimos:
voces táctas sobre el pedernal, sueños santuario.

Aferrados a estas vastedades,
donde encontramos nudos
y sepulcros, idiomas devorados, rosas petrificadas,
espejos de cuarzo, lenguas de fuego:
tempestades surgidas por el oro,
ejércitos de dioses, sentencias implacables en los libros,
memoria de pueblos, fatalidad,
escenario del fin y del principio,
llave de un mundo despertando,
nos preguntamos quiénes somos y si somos qué somos.

Terribles reyes nuestros padres: la piedra y la espada.
Temerarios capitanes nos nombran con entremezclados
nombres de un tiempo sometido.
Sabios de muchos días nos inscriben
entre las crónicas de sus migraciones.

Héroes de los pantanos, tropel de carga,
vértigos, nuestras potentes demandas.

De nuestras preguntas surge un confín singular.
Delante y atrás: cenizas y hierro, gloria y laberinto.

Encontramos rutas para los mapas por trazar.
Espacios del hombre que llegó
y mezcló no sólo su sangre buscando un atlas divino.

Esta historia es una sombra de raíces.
Un asombro perseguido,
el fuego del copal y la empuñadura.

Somos el espejo de esas multitudes:
en el tiempo, incalculables,
y en el porvenir, impredecibles.